

Viaje a Peñablanca

La vaguada viñamarina corrió hasta clavar sus filudas gotas en mis mejillas. La falda negra que vestía languideció y, lo que es peor, mis zapatos se humedecieron. En ese instante, la cascada de agua dulce mezclada con mis lágrimas semejaba el agua bendita rociada, un mes atrás, sobre el ataúd de Matías. Era certera e implacable.

Después de unas cuabras, la llovizna costera desguazó uno de mis zapatos grises.

Al saltar por encima de un charco, voló en dirección contraria dejando mi pie derecho a merced de una fina media, y aterricé en un lodazal. Brincando como una gaviota herida lo recogí y me lo puse como si recuperara mi anillo de bodas y con él mi alegría. Trotando a pequeños pasos por las veredas de espejos conseguí llegar a la iglesia, mi primera parada. Allí asistí a la misa para rezar por Matías, mi difunto marido.

Sin poder zafarme de la llovizna, caminé hasta el metro para ir al cementerio de Peñablanca, mi segunda y última parada.

El calzado gris me sostuvo durante cincuenta fríos y largos minutos hasta que descendí del vagón. Fue imposible no ser empujada. Enredada entre la multitud, caí al andén con el pie descalzo. Mi viudez se intensificó cuando las puertas celestes estaban a punto de cerrarse dejando mi zapato adentro. Me abalancé a tomarlo, pero se resbaló de mis dedos acurrucándose en el borde de una de las puertas. Mi zapato que empezó a ser arrastrado y apretujado por ambas ¡rechinó! Antes de tres segundos, lancé un débil zarpazo y como un animal, en su último aliento, que defiende lo poco que le ha dejado el cazador de la muerte, lo salvé de esa tiranía, pero venía sin taco. Me lo puse con la misma calma que acostumbraba a tener cuando le acomodaba las alpargatas azules a Matías. Afuera del cementerio compré claveles. Eran sus preferidos.

Mientras regresaba, aprecié mis zapatos. Habían cumplido la misión de abrigar y adornar mis extremidades. También habían bailado conmigo y con Matías en fiestas de Año nuevo, en matrimonios... y viajaron con nosotros a París en nuestro último aniversario de bodas. Su combinación de cuero, suela, goma, así como su procedencia fueron siempre gran motivo de elogios; me los había diseñado él.

La vaguada costera desapareció junto con el chispazo de resignación que tuve de seguir sola, sola el resto de mi vida. Acudí a mi zapatero enseguida ¡No dijo palabra! Sus ojos negros se paralizaron, y comprendí que mis zapatos grises... también morían.

Tita Mayo